



«In Memoriam»

José María Valverde Pacheco (1926-1996)

El escritor, traductor, filósofo y crítico literario José María Valverde Pacheco nació el día 26 de enero de 1926, en la villa fronteriza con Portugal de Valencia de Alcántara, perteneciente a la Alta Extremadura, donde su bisabuelo paterno, según propia confesión, «...tejía y vendía paños; en cuanto a mi bisabuelo materno, Pacheco, he oído decir que, por haber pasado del calzón popular a la indumentaria de los señoritos, le apodaban «el Pantalónino», en Cáceres, donde parece que ayudó al político liberal Cipriano Montesinos —de quien vendrían los «Ciprianos» y la tradición aduanera de la familia».

Muy joven, José María se trasladó con su familia a Madrid, donde alcanzó la licenciatura en Filosofía y Letras en 1948. Posteriormente, se doctoró con una tesis sobre Wilhelm von Humboldt titulada *Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje*, que sería publicada en Madrid en 1955. En sus principios literarios, Valverde era conocido en el Parnaso madrileño por el seudónimo de «Gambrinus».

El ilustre extremeño perteneció al selecto grupo «Juventud Creadora» y colaboró mucho en las revistas *Garcilaso*, *Proel*, *Mensaje*, *Española* y *Alcántara*, principalmente, de diversas tendencias; aunque él, como no perteneció a asociaciones ni grupos políticos, no tuvo empujón alguno en colaborar en ellas.

Cuando contaba dieciocho años de edad, Valverde consiguió un gran éxito con su libro de poemas *Hombre de Dios* (1947), prologado por el insigne académico de la Española Dámaso Alonso, quien escribió

en él: «José María Valverde, un adolescente, poco más que un niño, ha sentido también la gran llamada. Y se ha refugiado —¡envidiable refugio!— en su fe. Es de un poeta católico esta voz que canta... Para Valverde el mundo se ordena bello hacia su fin. El poeta canta porque él es una necesidad de Dios, porque le es necesario a Dios».

Así se convirtió Valverde en una singular promesa de la poesía de la posguerra, pues en esta obra comenzó a poner de manifiesto sus grandes inquietudes espirituales.

Poco después, en 1947, publicó *Salmos, elegías y oraciones*. En tales años viajó a Nápoles, acompañando al ínclito maestro Ramón Menéndez Pidal en una visita al filósofo Benedetto Croce.

En verdad, su marcha hacia la fama se produjo en el año 1949, con su obra *La espera*, su segundo libro de poesía, donde manifiesta ya, con nitidez, cambios decisivos en la estética de su lírica; libro que el filósofo, recientemente fallecido (1996), José Luis Aranguren estimó como «una de las obras más hermosas que se han escrito en lengua castellana». Ahora, en estos nuevos versos, Dios adopta formas distintas, y se revela al autor en las cosas pequeñas y cotidianas. Con esta obra alcanzó el Premio José Antonio Primo de Rivera 1949, que equivalía al Premio Nacional de Literatura.

Joaquín Benito de Lucas ha analizado la nueva estética poética de Valverde y anota que en ella «... la inspiración se reparte entre lo religioso y el tema del amor».

La espera es el comienzo del cambio conceptual de su lira, y se abre con un poema que dedicó, como el libro, a su gran amigo Leopoldo Panero.

Desde 1950 a 1955, José María Valverde residió en Roma, capital de la cristiandad, donde ocupó una plaza de profesor-lector de español. En Roma nacerían dos de sus cinco hijos, los primeros. Había contraído matrimonio con Pilar-Hedy Gefaell. Allí se reúne y charla con Dionisio Ridruejo, a la sazón residente en aquella ciudad, y de este y otros contactos adquiere un tono poético más visual: «fotógrafo al minuto» lo llamó Dionisio Ridruejo.

En el año 1952 apareció su ensayo titulado *Estudio sobre la palabra poética*, que mereció los elogios del crítico José Luis Cano; pues, refiriéndose a su autor, escribió: «... no es sólo uno de nuestros mejores

poetas jóvenes, sino un crítico penetrante y sensible. Bien lo prueba este libro de ensayos críticos sobre temas o aspectos de la poesía —la nuestra y la de fuera—...». Cuatro de sus estudios los dedicó a escritores españoles: San Juan de la Cruz, Machado, Jorge Guillén y Luis Felipe Vivanco. Los otros cuatro se refieren a poetas extranjeros: Thomas S. Eliot, Holderlin, Verlaine y César Vallejo, aunque los análisis de Valverde alcanzan mayor profundidad y enjundia en los ensayos que dedicó a éste y a Antonio Machado.

En el mismo año de 1952 Valverde fue incluido en la «Antología consultada», que Ribes hizo tras consultar, mediante una amplísima encuesta, a críticos y escritores.

Tras los años dedicados a la enseñanza en Roma, Valverde volvió a España, a los veintinueve años, y obtuvo la cátedra de Estética de la Universidad de Barcelona, en 1956. No da reposo a su pluma y a su pensamiento, y en 1957 aparece una de sus obras más laboriosas y documentadas: *Historia de la Literatura Universal*, que hizo junto a Martín de Riquer (diez tomos); *Logos. Curso de Filosofía*, aparece en 1959, el libro —a modo de manual— más reeditado de Valverde. Tal vez el capítulo mejor sea en esta obra el que dedicó a Hegel, autor difícil de abordar.

Continúa trabajando intensamente, y en 1961 publica Valverde *Poesías reunidas hasta 1960*, donde recoge los anteriores libros y dos inéditos: *Voces y acompañamientos para San Mateo*, obra escrita a dos voces, y *La conquista de este mundo*. El primero, en opinión de Joaquín Benito de Lucas, «... marca el proceso ascendente en la dedicación del poeta a cantar objetos de la más inmediata realidad». En torno al segundo, *La conquista de este mundo*, Valverde anota: «... se comprende, fácilmente, que ésta había de ser la más "fría" de mis producciones: no sólo por la dualidad de voces y por el tema irónicamente profesoral —un resumen mínimo de historia universal—, sino más aún, por la ambigüedad de mi actitud, por un lado admirativa ante el hábil esfuerzo de la humanidad para seguir adelante y crear la civilización y la cultura; por otro lado, consciente de que la historia no salvará al hombre, en su realidad sustancial y definitiva...».

En 1965, nueve años después de alcanzar la cátedra, Valverde presentó su dimisión, con carácter irrevocable, en protesta por la expulsión de la universidad de los profesores Enrique Tierno Galván, José Luis

Aranguren y Agustín García Calvo; pues, era su opinión, «No puede haber Estética sin Ética».

Después de abandonar la cátedra, José María se retiró a su casa de San Cugat del Vallés, donde reunía a muchos intelectuales, entre ellos los hermanos Ferrater, Gabriel y Juan; Narciso Comadira y Carlos Pujol.

Perdida su condición de profesor en España, Valverde fue contratado por la Universidad de Virginia (EE.UU.), aunque pronto marcharía a la McMaster University de Hamilton, de Ontario (Canadá), para encargarse de la cátedra especial de Literatura Española. El año 1968 se trasladó a la Universidad de Trent (Canadá), como jefe del departamento de Estudios Hispánicos y profesor de Literatura Comparada.

En el tiempo en que se exilió de España, Valverde tradujo el *Ulises*, de James Joyce; dio a la luz su *Azorín* (1971) y *Antonio Machado* (1975), y no faltaron libros de poemas, como *Ser de palabra* (y otros poemas). Además de su portentosa versión del *Ulises*, tradujo con igual acierto a Rainer María Rilke, William Shakespeare, William Faulkner, Charles Dickens y Herman Melville, entre otros.

Valverde regresó a España en 1977, reintegrado a la cátedra que había dejado por motivos políticos, y fue nombrado «doctor honoris causa» por la universidad canadiense de Trent.

Hay que hacer constar que de la producción de los últimos años de José María Valverde son especialmente interesantes sus trabajos *Movimientos literarios* (1982), *El barroco* (1983), *Breve historia y antología de la Estética* (1983), *Vida y muerte de las ideas. Pequeña historia del pensamiento occidental* (1985), en la que concluye con un paráfrasis del comienzo del evangelio de San Juan: «En el final, es la palabra» y, pues, fue el lenguaje, la palabra, su obsesión constante. Igualmente, merece especial atención su ensayo *Nietzsche, de filólogo a Anticristo* (1993).

A su estro poético se debe una de las inflexiones más hondas, conscientes y luminosas que poseemos, en libros que abordan temas religiosos, como *Hombre de Dios*, o *La espera*, *Versos del domingo*, o *Voces y acompañamientos para San Mateo*, hasta *La conquista de este mundo* y *El profesor de español*. Miguel García-Posada ahonda en el análisis de la producción poética de Valverde y considera a éste decantado hacia una poesía cristiana, que descansa en los valores de la fe

religiosa, pero que se fundamenta estéticamente en algunos de los postulados poéticos más exigentes de nuestro tiempo, sobre todo en la poesía de Rilke —que había traducido con anterioridad con verdadera maestría— y en el Machado de *Soledades*. Trataba, pues, en palabras de García-Posada de poetizar la existencia vivida tal como defendía Rilke en *Los apuntes de Malte Laurids Brigge* a través de algunos temas centrales: la familia, el paisaje próximo al poeta y Dios.

Pero, es lo cierto, también bebió Valverde en los hontanares profundos que amamantaban su entorno poético, pues consideró como maestro de sus obras a Rubén Darío, por cuya figura sentía una especial admiración, y también Unamuno, Machado y Juan Ramón Jiménez; sin que pueda desdenarse la influencia, mutua, de sus amigos Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales y Leopoldo Panero, aunque también lo habían deslumbrado Gerardo Diego y Alberti, por la brillantez de creación y la originalidad que derrocharon, y de quienes Valverde se consideraba temperamentalmente próximo.

Por su parte, Antonio Gallego Morell anota: «Valverde, que ha reza-do en verso por las rosas muertas, siente ante la muerte un miedo irremediable. Su *Elegía para mi muerte* es un intento de equilibrar ese pánico con una confianza en Dios».

*«Tengo miedo a ese pozo de vacío,
a esa noche sin fondo, aunque esté Dios atrás!».*

También, en momentos de puro lirismo, como dice Gallego Morell, «... Valverde evoca el mundo de acá tal como permanecerá después de su muerte, arrancando de un poema clave de Juan Ramón:

«Se quedarán con mis cosas sin mí desconcertadas...».

Algunos han dicho de Valverde que era un madrileño; pero él, por su parte, dice en *Años inciertos*: «Si llego a mi ciudad / de niño y de muchacho /... forastero en mi tierra...».

A pesar de todo, Valverde se sintió siempre extremeño: «Tengo que confesar que me siento extremeño por los cuatro costados, siento sus problemas como el que más, quizá porque las terribles limitaciones económicas, culturales, sociales, políticas, etc., que padece esta región, me arrastran y obligan a sentir más vivamente el afecto que pueda sentir por ella».

Como crítico literario, el catedrático Cristóbal Cuevas García, de la Universidad de Málaga, lo estima como el más destacado de «nuestra actual ciencia literaria». Y como poeta, lo considera «... arraigado en un sustrato católico, sin fisuras, lo que no excluye momentos de ansiedad provocados por su propia condición de hombre». Por lo demás, en la palabra poética, a la vez bella y desgarradora, busca Valverde un camino de salvación de la angustia congénita —«Del miedo original, sólo me pudo / mi palabra salvar—, integrándose así en lo que Siebenmann ha llamado metapoésía. Con el paso del tiempo, su lírica ha ido haciéndose más rica y comprometida —él mismo se ha definido, recientemente (1970), con estas palabras: «Seré traidor para unos, blando para otros, / abierto a un porvenir sin asiento ni gloria, / quizá colaborando, pero siempre mal visto, progresista, gruñón, moderado, extremista...».

Finalista del Premio Nacional de las Letras en 1988, dos años después José María Valverde fue galardonado por el Ministerio de Cultura con el Premio Nacional de Traducción, el día 30 de mayo de 1980, por los valores indiscutibles del conjunto de su obra. En 1991 le fue concedido el Premio Ciudad de Barcelona, a cuyos lauros añadió, en 1993, el Premio Castilla y León de las Letras. El jurado de este último estuvo presidido por la novelista salmantina Carmen Martín Gaité.

En 1995, la Redacción del diario *Hoy*, de Badajoz, lo distinguió como uno de los «extremeños del año».

Era nuestro poeta miembro de la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona, la ciudad condal.

Según el profesor y crítico literario Manuel Pecellín Lancharro, José María Valverde se mantuvo fiel a la poesía hasta convertirse en una de las voces respetables del panorama lírico español. Destaca, además, que el día 30 de marzo de 1993 «... teníamos el honor de recibir a este hombre en la badajocense aula «Enrique Díez-Canedo». Allí hizo gala del saber, humanidad, convicciones ideológicas, sentido del humor y sacrática ironía, que nos inducen a concederle el título más preciado: gracias, maestro».

Tras tantos trabajos, exilios, lauros, tristezas y desencantos, José María Valverde nos dejó para siempre en la tarde del día 6 de junio de 1996. Falleció en su ciudad de adopción, Barcelona, a la edad de setenta años, y fue inhumado en el cementerio de Collserola, en Sarrià de Noya.

Valverde fue, por sus propios méritos, una de las figuras destacadas de la literatura en el último medio siglo. Su labor como historiador de la literatura y como traductor —muchas veces a causa de sus problemas económicos— se impuso a su perfil de poeta con la memoria como tema recurrente y claramente comprometido con sus ideas.

José María se definió como un cristiano marxista y simpatizaba con la teología de la liberación.

Muchos juicios se han emitido sobre José María Valverde y su obra, tras su muerte, con un tono de alabanza que, en algunos, deja entrever un cierto sentimiento de culpabilidad por los silencios anteriores. Pero hay otros, sin embargo, que destilan sinceridad y dolor, como el formulado por Daniel Giralt-Miracle:

«Ha sido impresionante percibir la huella que José María Valverde ha dejado entre sus discípulos y admiradores. En pocas ocasiones los medios de comunicación han sido tan fieles al transmitir la alta ética y estética del que fuera inolvidable poeta, traductor, profesor y, sobre todo, excepcional ciudadano. A los testimonios que se han expresado quisiera añadir mi recuerdo de las clases que impartía en la Universidad de Barcelona durante los años sesenta. El profesor Valverde enriquecía su apasionado discurso literario y filosófico con su voz, con su ademán, con su expresión profunda y cálida y sobre todo con sus manos.

Una parte importante de su capacidad pedagógica y comunicativa nos era transmitida por el movimiento y las cadencias de sus manos, que apostillaban o redondeaban sus siempre inteligentes ideas. En aquella universidad oscura, gris y amordazada, Valverde nos daba un ejemplo vivo de libertad en la forma y en el fondo de su actuación».

Por su parte, Olga Tomé Boronat anota lo siguiente:

«Lo que más recuerdo de él: su presencia y su voz. Sus largas manos, representando las palabras con sus alargados dedos, dirigiendo su melodía. Su voz intensa, penetrante, solemne, grave, trágica y vital, como si llevara un micro incorporado para que nadie se perdiera ni una sola sílaba de su decir. Su detenerse en los pequeños detalles de las cosas, desmenuzándolos, deteniéndolos en el tiempo, convirtiéndolos por un momento en eternidad.

La expresión de su cara, llena de sabiduría, mostrando en ella el pasar de los hombres, la historia como acontecer. Su hablar sencillo, su escuchar atento y profundo, ayudado por sus gestos que iban descubriendo el paso del tiempo en su débil oído. Su mirada serena, su estatura elevada, sus pasos cansados y ya algo torpes por la edad, pero firmes y seguros por su historia. Y bueno, ya llegó el momento de la siempre injusta e inoportuna despedida: buen viaje, profesor».

VALERIANO GUTIÉRREZ MACÍAS

BIBLIOGRAFÍA

- Arroyo Francesc, «El hombre que amaba la palabra», diario *El País*, Madrid, 7 de junio de 1996.
- Benito de Lucas, Joaquín, *Literatura de la postguerra: la poesía*, Editorial Cincel, colección «Cuadernos de Estudio», serie Literatura, n. 27, Madrid 1981.
- Conde Obregón, Ramón, *Antología de la poesía española. Del realismo a nuestros días*, Ediciones I.D.A.G., colección «Auriga», Barcelona 1963.
- Cuevas García, Cristóbal, *Extremadura*, capítulo titulado «Introducción literaria», Fundación March, en colaboración con la Editorial Noguer, Barcelona 1979.
- Gallego Morell, Antonio, *Diez ensayos sobre literatura española*, Revista de Occidente, colección «Selecta», Madrid 1972.
- García Posada, Miguel, «Un poeta cristiano», diario *El País*, Madrid, 7 de junio de 1996.
- Láin Entralgo, Pedro, «Hombre puro», diario *ABC*, Madrid, 8 de junio de 1996.
- Lorenci, Miguel, «José María Valverde será enterrado este sábado en Barcelona. Traductor del *Ulises*, fue también responsable de una historia de la literatura», diario *Hoy*, Badajoz, 8 de junio de 1996.
- Pecellín Lancharro, Manuel, *Literatura en Extremadura*, tomo III: *Escritores contemporáneos (1939-1982)*, Biblioteca Básica Extremeña, Universitat Editorial, Badajoz 1983.

REACIÒN LITERARIA



EL BOSQUE DE ALISOS

Bosques de alisos, alamedas, arroyos de agua clara. Territorio de la infancia. Pasar otra vez por ellos, y no es un niño, aquella mañana clara de enero. Fría y clara. Mañanas de hogar y patatas asadas. Tocno